

ANTOLINA ORTIZ MOORE
EL DÍA QUE NO PARÓ DE LLOVER

TUSQUETS
EDITORES

© 2025, Antolina Ortiz

Diseño de la colección: Guillemont-Navares

Fotografía de la autora: © Damián Siqueiros

Fotografía de portada: © 1952, Bodil Christensen & Museum of
Ethnography, Stockholm, Sweden

Derechos reservados

© 2025, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial TUSQUETS M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: julio de 2025

ISBN: 978-607-39-3134-2

Primera edición impresa en México: julio de 2025

ISBN: 978-607-39-3113-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (IA).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litografía Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México - Printed and made in Mexico

Un domingo en 1951

Las primeras gotas se estrellaron a treinta kilómetros por hora contra el pavimento. Dejaron manchas que pronto se fueron borrando unas a otras. No hubo tiempo de abrir el paraguas. Algo obstruía los drenajes y el agua no tenía a dónde fluir. Antes de que aparecieran las ratas, el hedor escapó de las alcantarillas. Luego brotó el líquido oscuro de los ríos recién entubados y las moscas invadieron la ciudad.

Fabi olfateó el aire. Aún se percibía el olor a manteca quemada sobre un comal de alguno de los departamentos de la vecindad. Las nubes corrían por el cielo, veloces. *Se esperan lluvias intensas durante los próximos días*, pronosticaba la radio. Fabi subió el volumen para escuchar por encima de las ráfagas de viento. Esa mañana ningún avión iba a cruzar el Valle de México. La turbulencia había pasado de moderada a severa.

A Mateana apenas le dio tiempo de recoger la ropa. Se metió las pinzas de madera entre los labios mientras

soltaba las prendas del cordel. Sus dedos rollizos arrancaron los *bloomers* color durazno del tendedero. Apiló las pantaletas unas sobre otras, en medio de un montón de pantalones, calcetas, faldas y corpiños. Era la ropa de los vecinos de un edificio en el corazón de la ciudad.

La radio compartió sus noticias meteorológicas, luego transmitió danzones veracruzanos y boleros. En media hora empezaba la radionovela. Mateana se apuró. No tardaría en arreciar el aguacero. El caos de la ropa era un baile en la violencia del temporal. Las blusas danzaron como si los cuerpos siguieran adentro. Los nubarrones bajaron y se tragaron las cruces de las iglesias y, luego, el resto de la ciudad. De golpe, había llegado la noche a México.

—No sé por qué me entretuve tanto —dijo Mateana, con la boca llena de pinzas.

La misa de ese domingo se había alargado más que de costumbre. Apenas les había dado tiempo de comer. Ahora Fabi y ella peleaban con el viento que les arrancaba las sábanas de las manos, las inflaba como las velas de un navío. La lluvia caía cerrada.

Los tendederos estaban a un lado del cuarto de servicio, sobre la vecindad. Era un edificio alargado y rectangular, austero, de esos que el gobierno adaptaba a toda prisa para albergar a la gente que llega a la ciudad sin maletas y con muchos hijos. Originalmente había sido una casona colonial que conoció mejores tiempos. Ahora era poco más que una caja de zapatos,

separada por pasillos estrechos y un patio, dividida en ocho departamentos de plafones altos. Los muros de adobe recubiertos de estuco habían sobrevivido al abuso del tiempo, pero la pintura se les caía a pedazos. Las molduras en los techos mantenían cierta coquetería que ahora se sentía extravagante. En algunas esquinas había esculturas de yeso de santos maltratados por el guano de las palomas. Cada semana aparecían nuevos agujeros en las paredes, como si alguien los estuviera cavando. Quizá algún día iba a aparecer un tesoro entre las ruinas o tal vez el edificio acabaría de caerse con el próximo terremoto.

Los ocho departamentos estaban contruidos en dos niveles. Se miraban unos a otros a través del patio central. La mitad estaba en la planta baja; la otra mitad, justo encima. Se accedía al segundo nivel por unas estrechas escaleras de cemento pulido. En la azotea quedaban varillas desnudas de la remodelación anterior, las cuales predecían que, en algún momento, se iba a añadir otro piso. Sin embargo, a pesar del famoso *milagro mexicano*, el dinero no llegó y la casona colonial, con todo su potencial, no tenía prospectos cercanos.

Todas las puertas daban al patio. Las habitaciones, al igual que la ropa en el tendedero, compartían su intimidad: no siempre era posible saber dónde empezaba la vida de una familia y dónde terminaba la de otra.

Ahora llovía cada vez más fuerte sobre los muros de ladrillo. El impacto los hacía sangrar.

Mateana apuró a Fabi. No era su hijo, pero como si lo fuera. Lo cuidaba, le daba de comer mientras su mamá se salía al trabajo. Tulipa se lo encargaba a los vecinos, pero sobre todo a ella. El niño no daba lata. Leía todo el tiempo. Incluso cuando caminaba, leía. Cojeaba por la azotea con sus libros en la mano. Rex lo seguía, pegado a sus talones, a pesar de las canas en su hocico. Desde arriba, Fabi miraba a la gente moverse por la vecindad. Los reconocía sin necesidad de asomarse, por el sonido que hacía cada uno al abrir y cerrar la puerta. Se movían de una forma distinta: algunos detenían el portón con la mano, otros daban el portazo y otros tardaban más, distraídos, mientras los goznes giraban solos sobre sí mismos, casi sin rechinar.

Desde arriba, Fabi se sentía seguro, protegido del caos de la ciudad. Estaba tan cerca del cielo, donde se entrecruzaban los aviones y sus estelas. Conocía las rutas más comunes de los vuelos nacionales e internacionales. Escuchaba los motores sobre el valle mientras la radio de Mateana transmitía la radionovela.

Fabi subió la pierna buena a la banca. La otra, la coja, colgaba a su lado. Zafó las pinzas de madera que sostenían una funda de cojín. Quiso ayudar a Mateana, aunque ambos sabían que era demasiado tarde. Todo estaba mojado.

—No te me vayas a caer, hijo —masticó Mateana entre las pinzas, con las toallas rebosando en los brazos.

—No me voy a caer —contestó Fabi, desafiante.

La lluvia era un telón. Fabi la miró hacia arriba. El sol se había hecho pequeño hasta desaparecer. La tromba descendía sobre ellos y el cielo se borraba como el recuerdo de su padre. Una imagen apagada y oculta tras las capas del tiempo. Pero eso no lo recordaba él: lo imaginaba. Era muy pequeño cuando sucedió. Su mente en realidad componía una imagen a partir de la memoria de su madre, y él la cultivaba con diligencia. Nadie sabía qué había pasado con su papá. Fabi tampoco se acordaba de la poliomielitis. Eso llegó después.

Huele a Fab, el aire huele a ropa fragante, decía un anuncio en la radio. Pero el aire no tenía nada de fragante esa tarde. La ciudad olía mal. Un danzón había terminado y empezaba otro. Fabi tarareó la melodía pegajosa. El campanario de la Catedral llamaba desde las nubes. A unas cuadras de allí, el acero de la Torre Latinoamericana también había desaparecido. Era un esqueleto apenas visible o un fósil desterrado. La ropa chicoteaba en el viento, estaba cada vez más mojada. Ya ni tenía sentido bajarla, pero la bajaron. Mateana y Fabi también se empaparon.

Antes, mucho antes de que lloviera, los gorriones habían dejado de cantar en los colorines sobre las banquetas. En sus jaulas, sobre el salitre en los muros de la vecindad, los canarios del señor Inocente, en el departamento seis, también presintieron el mal tiempo. No era la primera vez que comunicaban una desgracia con su canto estridente. Era imposible imaginar cómo

podían presentir estas cosas. Despertaban a los vecinos en medio de la noche. Sus trinos y gorjeos subían de volumen, revoloteaban los cantos insistentes por el patio y salían de la vecindad. Embrujaban a los vecinos. Una vez, cuando una niña fue estrangulada junto al canal de la Viga, una de las aves también apareció muerta en el fondo de su jaula. Fue por aquellos días en que los vecinos empezaron a hablar de presencias paranormales en el edificio, aunque también hablaron de muchas cosas más.

Como camiones cisterna, las nubes pasaron sobre la ciudad; los truenos hacían vibrar las ventanas en sus marcos de madera apolillados. Los focos colgados de los techos apenas alumbraban la oscuridad prematura. Mateana jaló a Fabi hacia ella y cerró la puerta del cuarto de servicio. Escupió las pinzas sobre la cama y soltó la ropa mojada encima del desayunador de formica. «Fue culpa del sacerdote», pensó ahora con reproche. El sermón se había alargado de más.

La ropa y Rex: todo estaba empapado. Fabi le acarició la oreja a su pastor alemán y el perro empañó los cristales con sus jadeos. La tormenta golpeaba con fuerza sobre los techos de lámina de los cuartos de servicio. Empezaba a granizar. La lluvia se metía bajo la puerta. La vecindad parecía desierta. Solo se veía el foco encendido sobre el zaguán y otro en el departamento del señor Inocente. Casi todos los vecinos estaban fuera, era domingo y el agua iba a tomarlos por sorpresa.

—Apenas se ve el patio —dijo Fabi, impresionado.

—Ven, voy a secarte.

Mateana lo alejó del chiflón que entraba por la ventana. Rex se acomodó junto a ellos en el suelo. El cuarto olía a perro mojado. Un rayo rasgó el cielo cerca de ellos y el foco del techo fluctuó su intensidad sin apagarse. La radio también falló unos segundos; luego volvió a transmitir. Mateana sacó una veladora del cajón y la dejó frente a su San Francisco de cerámica. Esta vez estaría preparada para cuando llegara la tiniebla. Sacó dos toallas del armario.

—Ojalá no se vaya la luz y se alcance a escuchar mi novela —dijo.

Mateana envolvió a Fabi en la toalla. Presionó su cabello hasta secarlo. No se escucharon las primeras palabras del locutor: llovía demasiado. Pero Fabi imitó la voz con precisión. Se sabía de memoria el preludio.

—Apaguen la luz... Se escucha mejor a oscuras.

Fabi se acomodó sobre el catre y Mateana se sentó frente a él, en una de las tres sillas. Sus rodillas casi se tocaban. Mateana encendió la veladora. La pequeña llama se mantuvo estable a pesar del chiflón. El rostro del San Francisco irradiaba su paz. El foco en el techo volvió a fluctuar sin apagarse. Con tono dramático, el narrador de la novela irrumpió en el cuarto. La historia iba puntuada de efectos especiales: se escuchó el viento azotar en el mar, las mareas subían. Sonaron un silbato y una campanada. La realidad se sincronizó con la ficción. Se escuchaba el llanto de un bebé en la bocina.

Fue poco después de la expropiación petrolera —decía la voz en la radio—. La maquinaria extranjera, los edificios y embarcaciones, los carros: todo pasó a ser propiedad del Estado. El presidente Lázaro Cárdenas confirmó su mandato: este era un caso evidente que obligaba a someter a las empresas petroleras a la obediencia. De no hacerlo, se estaría ocasionando un mal incalculable para la nación mexicana.

Fue por esos días, en el pueblo costero, que nació Carlota, la heroína de nuestra novela. Su madre murió de fiebre a los pocos días de dar a luz. No había médico de guardia en La Joya, pero sí pobreza y paludismo. Jesús, el padre de Carlota, lloró con el corazón roto, sumido en una gran pena. ¿Qué iba a hacer ahora con la bebé? Jesús no tenía a quien encargarle a su hija mientras salía a trabajar. Luego de varios días de angustia, apareció una vecina caritativa que se ofreció a ayudar.

—Dios le bendiga —dijo la voz de Jesús en la radio.

Jesús salía de madrugada a pescar. Por lo general, se encontraba con un mar calmo. Pero, esa mañana, ¿qué fue lo que vio? Una mancha oscura que crecía sobre las olas. Al principio no supo qué era y pensó que se trataba de una señal, de un anuncio funesto. La mancha se fue agrandando.

Cuando Jesús remó para alejarse, notó que de la mancha viscosa brotaban burbujas. Parecía ser la tinta de un pulpo o las entrañas de algún pez muerto. El pescador dudó en tocarla...

Mientras Mateana escuchaba la radionovela con Fabi, vació el kilo de frijoles en una olla de barro. Se había envuelto el cabello en la toalla.

—Te puedes romper un diente si no tienes cuidado —dijo para sí misma.

Encontraba piedras que levantaba contra la luz de la vela y luego depositaba sobre la mesa junto a las demás. Le gustaba escuchar radionovelas al trabajar. El tiempo transcurría menos lento. Ni siquiera miró lo que hacían sus dedos: ellos trabajaron solos. Después de un momento, Fabi empezó a cabecear.

—¿Estás cansado?

Fabi se enderezó.

—No, no, no —dijo Fabi, restregándose los ojos.

—Ya vete a dormir, hijo. Ya es tarde.

La voz de Mateana era amorosa y firme. No se podía negociar con ella. Le bajó el volumen a la radio, sin apagarla, y entre que acompañó y llevó a Fabi hasta la puerta.

—Restriégate el cuerpo antes de dormir y ponte una camisa limpia. No te vaya a dar una gripe, hijo, sigue húmeda tu ropa.

Fabi se encogió de hombros y bostezó.

—Que descanses, hijo. Sueña con los angelitos.

Fabi abrazó a Mateana como si no quisiera soltarla, luego le dio la espalda y salió hacia la tormenta. Cruzó la azotea junto a la hilera de varillas, bajo el techo de lámina que lo cobijó hasta la escalera de caracol. Mientras bajaba, recordó el momento en que los trapecistas del circo Atayde saltaron hasta el otro lado de la carpa. Los había visto una sola vez, pero los recordaba a detalle. Fue en la calle Niño Perdido, esquina con Fray

Servando. Los trapecistas volaban de las manos de sus compañeros, y así se sentía Fabi: soltaba a Mateana y atravesaba el vacío hacia su casa. Esperaba encontrar las manos de su madre en el otro trapecio. «Niño perdido», pensó. Sonaba tan triste esa calle.

Fabi desapareció en la escalera de metal que bajaba dos pisos hasta el patio central de la vecindad. Antes de perderse en el rumor de la lluvia, sus pisadas sonaban desiguales sobre los escalones. La poliomielitis lo había marcado; su paso era distintivo. Bajó lento, tomado del barandal. Rex se adelantó. El noticiero *leyendo a Novedades* repetía su emisión desde lo alto de la vecindad. Hablaba la voz inconfundible de Jacobo Zabłudovsky. Él también había vivido en una vecindad, no lejos de allí. En su cuarto de azotea, escuchó a Mateana subir el volumen. *Se ofrece ayuda a personas que buscan a un familiar desaparecido*, decía la voz en la radio. Los noticieros se transmitían sin interrupción hasta la medianoche. *Brigida Gómez de Dios fue vista por última vez en la colonia San Miguel Chapultepec por sus dos hermanos...*

Fabi caminó lento pegado a las paredes, sin mojar-se los pies. Le pareció que había más agujeros en la pintura, algunos eran más profundos que otros. Al pasar, metió la mano en alguno. Su puño entero cabía en el interior. Luego, siguió bajando. Ya no usaba el apoyo ortopédico.

—Nunca más me voy a poner eso —le había dicho a su madre—. Son caros y feos.

Tulipa se había entristecido, pero entendió que cojear no era un impedimento para su hijo. Devolvió casi sin utilizarse el calzado a la tienda. La ambición de Fabi rebasaba sus limitaciones. Quería volar alto y para eso no necesitaba zapatos.

Fabi arrastró la mancha viscosa de la radionovela con él. Lo negro se amplificaba en su imaginación. Estaban las mujeres muertas de las noticias. Abrió la puerta de su departamento y entró al rellano. La voz de Zabudovsky quedó afuera. Adentro olía a humedad el salitre, también olía a pan dulce el segundo piso. Fabi subió la escalera de cemento sin encender la luz. Cerró los ojos mientras se acostumbraba al camino que ya conocía tan bien. Su madre iba a llegar tarde otra vez. En la oscuridad, Fabi sentía que la extrañaba menos. La imaginó allí, aunque no estuviera con él. Siempre tendía la cama o se preparaba el almuerzo solo. Nadie lo esperaba, excepto su perro. En ese momento, Rex hurgó con el hocico en el plato de comida en el suelo. Fabi lo escuchó mientras caminaba a su cuarto. Ya le daría de comer después.

Se desnudó en la oscuridad. Se restregó el cuerpo con la toalla. Tenía frío y se le enchinaba la piel. Tardó en quitarse la sensación de la lluvia. Así, sin luz, el departamento parecía aún más pequeño y lleno de

pasillos y de ventanas, y lleno de nubes. Vivía en el número dos de la vecindad. Los ocho departamentos contiguos eran idénticos. Una recámara, un baño, una cocina y un comedor pequeños. En la sala solo cabía un sillón de dos plazas. El patio era lo más amplio, compartido por todos.

Desde su recámara, Fabi escuchaba a sus vecinos. Los sonidos llegaban de todas partes: cada quien contribuía al jalarle al baño o al cerrar su ventana; con un bostezo, el llanto y la risa, un estornudo. A veces entraba a su cuarto el quejido de una voz colindante, atrapada en una pesadilla. Fabi llenó un trasto de agua para Rex. La lluvia gorgoteaba al bajar. Los drenajes de agua pluvial daban hacia las canaletas. Era como si el edificio se estuviera ahogando. Fabi se sentó al pie de la cama. La litera estaba pegada a la ventana; desde ahí se veía el patio. Se metió entre las sábanas y esperó. El sueño, al igual que su madre, tardaba en llegar.

Mateana le subía el volumen a la radio cuando estaba sola. La imagen del santo se movía de arriba abajo con la luz de su vela. El noticiero *Leyendo a Novedades* ofrecía información a las familias que buscaban a sus desaparecidos. El público enviaba cartas contando sus historias, y el locutor las leía. El hijo que nunca volvió de la escuela. El abuelo perdido, quizá atropellado. La niña que apareció muerta. *Las familias tienen*

derecho a involucrarse en la búsqueda y su participación puede ser de diversas formas, decía la voz en la radio.

Mateana se acomodó los lentes. Tenía sueño, pero el aguacero golpeaba con tal fuerza sobre la techumbre de lámina de su cuarto que no iba a poder dormir. Se puso a planchar. Con suerte la lluvia pasaría pronto. Mateana miró la ropa amontonada. Meneó la cabeza. Seguía molesta con el sacerdote. El padre Arango se había alargado con sus sermones sobre la Virgen.

—La madre de Dios fue inmaculada —había dicho el cura, levantando la nariz y los brazos hacia la cúpula sobre su cabeza—. ¡María no murió! Los ángeles la cargaron en sus brazos hasta el cielo.

Las mujeres en la iglesia, las comadres de huarache y rebozo se habían conmovido con la asunción de la Virgen; prácticamente la veían en medio del humo de copal que imitaba a las nubes de afuera. Las devotas sabían que María caminaba con ellas y el sacerdote volvía a levantar la hostia sobre su cabeza.

Durante la misa, Mateana había seguido los gestos del padre hasta perderse en sus propios pensamientos y, de pronto, se acordó de la ropa en la azotea. Pero el tiempo corría a diferente velocidad en la iglesia. Comenzó a sentir su cuerpo entumecido durante la liturgia. Asumió que era por la humedad del aire o por algún tipo de reuma. Aunque no quería aceptarlo, Mateana sabía que no eran solo sus manos: las rodillas también, clavadas sobre el reclinatorio de madera, empezaron a dolerle. Eran las mismas dolencias que

aquejaban a su madre desde hace años. Mateana se sintió derrotada. El sacerdote hablaba sin parar. Las nubes descendían. Ella se quería ir a recoger la ropa del tendedero antes de que se mojara. Miró los zapatos del cura, bajo su alba; le pareció que estaba sucia y desgastada la piel del calzado.

Ahora el foco de la plancha indicaba en rojo que estaba caliente; el vapor salía de la base. Mateana alisó la pechera de una prenda sobre el burro. No sabía ni cómo describir los olores que subían de cada tela al aplicar el calor. Eran aromas de piel y sudor, también era algo que la remitía a ensoñaciones, a deseos profundos, a miedos y esperanzas. Mateana se preguntó cómo era posible que un olor ofrendara tantos matices. La intimidad se reveló con el vapor que escapaba al sisear el metal sobre la tela.

Durante la misa, como ahora, Mateana se perdía en sus pensamientos. Había olvidado a la Virgen. Su mente divagó. En la radio sonaba la voz solitaria de Agustín Lara acompañada de un piano. Mateana pensó en su pueblo, al que iba seguido. Su madre estaba a varias horas de la ciudad. Allá no se escuchaba esta música. El autobús recorría las carreteras llenas de baches y derrumbes. Se abría paso entre la neblina, entre campos de amaranto y tolvánas en valles resecos. En primavera, el paisaje era de un verde intenso; en verano, era púrpura o dorado. Cada que iba, el paisaje era otro. Sus pensamientos la alejaron de la ropa. Planchó las blusas de Pascuala, del departamento tres.

Planchó los pantalones de otro Agustín —no el músico—, el señor que vivía en el cuatro. Las camisas de Manoel tenían agujeros remendados. Y conforme planchaba, Mateana se acercó a su pueblo. Su añoranza llegó a las calles de tierra: no quedaba un solo edificio alrededor, ni un solo sonido de la ciudad.

Bajo el árbol de limón, Mateana reconoció al perro que ladraba. No era Rex. Era pequeño y negro, con manchas amarillas en el lomo y tras las orejas. En la esquina, estaba la casa de madera sencilla. De día, los portones siempre se quedaban abiertos sobre el zaguán tapiado de macetas: higueras, cactus y heliconias llenas de colibríes. En invierno rellenaban los agujeros de la pared con periódico para impedir el frío que calaba.

La madre de Mateana había enfermado. Ya no se levantaba de la cama. Describía su dolencia como un cansancio que no se iba.

—Un entumecimiento —dijo al principio.

El médico del pueblo trató de explicárselo.

—Es una enfermedad rara —se pronunció—. Una diabetes. Igual que la de Pedro Infante.

Mateana se secó las manos con el mandil y planchó la última blusa del día. Ya estaba cansada. La tela con encajes bordados alrededor del cuello y sobre las mangas se dejó hacer sin mayor resistencia. Deslizó la plancha sobre las arrugas y esquivó los botones. El perfume que desprendía la muselina era delicado. La ropa de Luana siempre olía a flor.

Índice

Un domingo en 1951.....	11
Lunes	33
Martes.....	75
Miércoles	99
Jueves	135
Viernes	157
Sábado	181
Domingo, una semana después	195
Lunes	211
Martes, después de la lluvia	223